

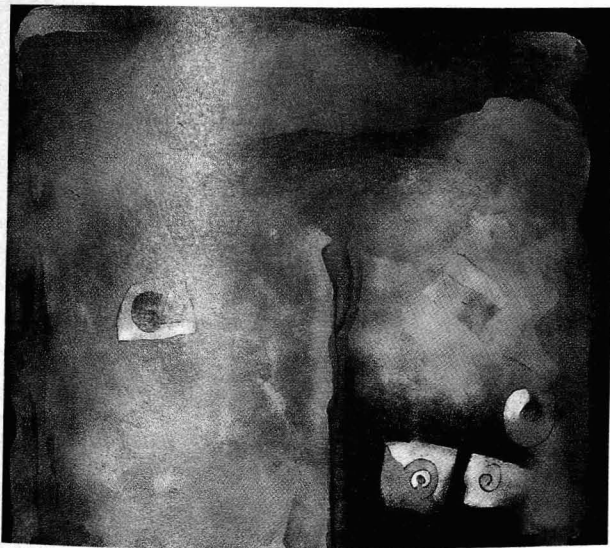
Algunos pintores en Puebla

Una de las características fundamentales de la actividad artística, su capacidad de autogestión (es decir, su espontaneidad individual y colectiva para surgir y manifestarse) se hace patente en el plano de las artes plásticas mexicanas de hoy en día. En efecto, como si este mundo de explosivas y multiformes imágenes que confor-

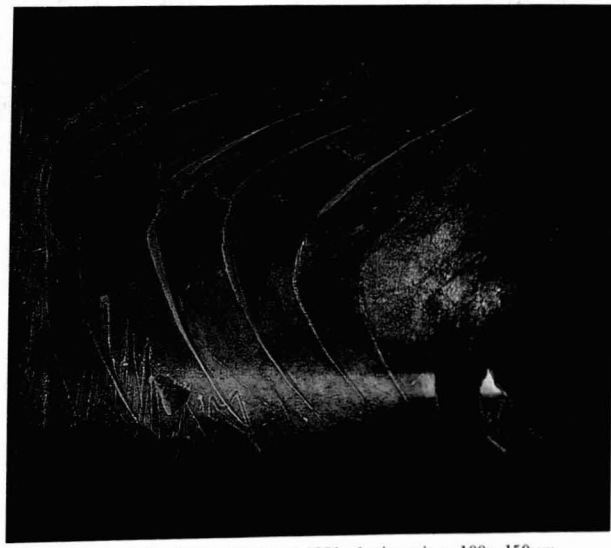
man las postrimerías del siglo XX se expandiera en todas las direcciones y sentidos, los jóvenes pintores —sin acatar las lentas elucubraciones de los teóricos y críticos— parecen apoderarse de miles de disyuntivas, técnicas, corrientes y contracorrientes, secuencias, reflejos y tonalidades para arribar, en logros variados y sorpren-

dentes, a obras, facetas y periodos muy expresivos y muy libres.

En México, el último decenio ha propuesto asimismo una pintura joven más indiferente a los cánones y modas y, sobre todo, más propositiva con respecto a la muy necesaria “desconcentración” de las habilidades productivas. Se ha realizado cierto



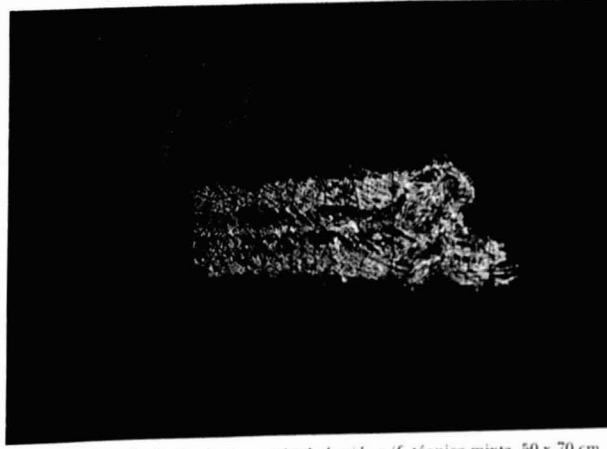
José Villalobos, *La tierra y el porvenir*, 1992, técnica mixta/tela, 110 x 130 cm



Gerardo Ramos Brito, *Profundidad en ti*, 1991, técnica mixta, 100 x 150 cm



Antonio Álvarez, *Por cada año una bala*, 1992, óleo/tela, 100 x 150 cm



Sergio Glz. Angulo A. *Siempre te amaré toda la vida*, s/f, técnica mixta, 50 x 70 cm

efectivo —aunque no aún total y definitivo— desplazamiento creativo en dirección de las regiones y ciudades del amplio territorio de la República. Cada vez con mayor calidad e inventiva, los jóvenes artistas de los estados del país muestran y hacen valer sus obras y sus centros creativos y simultáneamente sus imágenes, sus figuras y sus propuestas, sin el agobio que implica el reconocimiento unívoco y sentencioso del centro del país.

En Puebla se han organizado grupos de trabajo y artistas aislados con obras cada vez más notables, sugerentes y significativas. Aunque no todos han nacido en territorio poblano, han hallado en el Estado el mejor ambiente para enseñar, aprender y producir sus obras. Y todos han descubierto ciertas características del entorno poblano que auspicia y propicia una creatividad más acelerada, más profunda, más operativa. La geografía y la naturaleza poblana, así como una cultura llena de complejas mezclas y bifurcaciones y originales elementos, han multiplicado los vericuetos de su imaginación y han apoyado sus ansias de expresión.

Gerardo Ramos Brito (nacido en 1943) ha coadyuvado a la organización de las artes plásticas poblanas. Fue fundador de dos escuelas de arte y diseño en la ciudad de Puebla y ha expuesto local e internacionalmente con pleno éxito de crítica. Su obra expresa un manejo destacado de los volúmenes y las texturas; su pintura, de amplios rasgos, se inclina por la espesura y la persecución de la totalidad. Rayas, rayones, colores sepías divididos por negros y matizados con rojos y ocre recuerdan los afares de trascendencia telúrica de los grandes del muralismo. Algunas de sus telas, a la manera de planos o mapas, otorgan variadas sensaciones en las que el color, desprovisto de vanos rebuscamientos, utiliza la simetría (*Presencia*) o el separto de trazos (*Luz de agua*) para desembocar en huellas o señales, divisiones o texturas excitantes o perturbadoras (*Requien*). Algunas de sus formas convergen a un urbanismo semi-



José Luzziarzo T., Sin título, 1992, óleo, 80 x 150 cm



Carlos Luna, El rapto de Cuba, 1993, carboncillo y gouache/papel amate, 120 x 150 cm



Mihael Dalla Valle, Distinto amanecer, 1988, acrílico/papel, 90 x 60 cm

orgánico (*El que es, Ur*) que parece indicar desplazamientos de la vista y la conciencia.

En el caso de Sergio González An-

gulo (1951) sus variadas incursiones en las distintas técnicas han dado por resultado el descubrimiento de una necesidad ineludible: precisar rumbos

e influencias. Por etapas hemos detectado en González Angulo formas y colores tamayescos (linóleo, grabado) pero en periodos concretos de su obra o en series esporádicas (*Te amaré toda la vida*) el artista suelta sus amarras formal y técnicamente. El artista gusta de desgranar sus figuras, concebidas originalmente en "poses" variadas (brazos en alto, manchas que simulan bestias, animales prehistóricos) y salpicarlas de formas localizables en la cultura espacial y temporal (serie *Euforiones*). González Angulo puede inventar entes de la misma manera que los hace más evidentes o los desintegra. Para él, el cuadro puede resaltar una figura, variarla por medio de texturas y colores, y al fin hacerla transitar a lo grotesco para borrar cualquier sensación de "belleza" o "hermosura" tradicionales, conceptos exigüos o, al menos, poco definidos dentro de la producción pictórica contemporánea. El hecho de que distintas instituciones de enseñanza y de cultura poblana hayan echado a andar y apoyado mediante persistentes esfuerzos, espacios y actividades que muestren la labor pictórica del Estado, indica que las obras artísticas reciben por lo menos la revisión física, *in situ*, del público. Aún no se organiza mejor prueba de aceptación o rechazo, de suscitación y curiosidad que las muestras y exposiciones sistemáticamente concebidas, diseñadas y realizadas, de ahí que constituya labor básica inscribir este tipo de actividades en mecanismos perdurables y organizados.

A la par que González Angulo, otros artistas, como Antonio Álvarez Morán (1959), han conocido su camino pictórico recorriendo a la vez vías aledañas o paralelas como las artes gráficas. Álvarez Morán realizó estudios, como becado, en Alemania, y ha dado a conocer su obra en países del extranjero. Su obra ha recibido la influencia de los núcleos y centros populares y no deja de contener un tono trágico que se aviva en las telas de una manera impresionante (*Todo para el bebé*, *La tienda*, etcétera). Sus collages y acrílicos no dejan de contener una iconografía

que prolonga las figuras de Posadas y María Izquierdo, bajo tratamientos que en mucho hablan de los tiempos nuevos que le ha tocado vivir a un artista más cosmopolita e itinerante.

José Villalobos (1950) busca en su pintura reintegrar el orden o la armonía que el ser humano aparentemente ha perdido en la época contemporánea. En efecto, algunas de sus telas persiguen y logran una tenaz geometría apenas afectada por toques orgánicos o por sutiles intensidades. En *Los lugares y sus límites*, por ejemplo, no existen detalles que interrumpan la uniformidad general de la figura que la tela muestra y, sin embargo, la sensación visual que produce se refiere a un orden alterado, no sólo por lo trazos sino también por los colores. Desde el eje central, en medio de la tela, la figura recibe un marco ocre-amarillento y éste a su vez conserva la expresión de sus límites con otro marco, ahora de color negro. Dentro de la figura sobrevienen juegos que se convierten en grecas que se rompen en rombos, rectángulos y otras suaves o evanescentes formas geométricas. Y aunque hay un singular juego de repeticiones, las distintas obras de sus series esbozan una gama amplia y —a veces marcadamente terrosa— de exploraciones formales (*Patio con cruces*). En algún punto de la tela puede percibirse el momento en el que el pintor ha llegado al punto más notable, claro y expresivo de sus "camينات" pictóricas (*El mar ausente*). De Villalobos afirma Teresa del Conde que "es un colorista nato, con todo y que su paleta es escueta y seca", o sea: "desprovista de apariencia oleosa".

Dentro del grupo de maestros de artes plásticas integrados en y para la Universidad de las Américas-Puebla se halla, junto con Villalobos, José Lazcarro Toquero (1941). Aparte de su obra de dimensión pequeña, ha incursionado con éxito en el mural y en la escultura monumental. La pintura de Lazcarro es viva, tenaz, a veces explosiva. Impresiona la exactitud de sus formas, las cuales hablan del dominio que el artista ha ejercido sobre las téc-

nicas que ha escogido para trabajar. Lazcarro tiene un su haber, críticas elogiosas de muestras en Japón y los Estados Unidos y sus murales, plano o en relieve, completan los espacios de algunos edificios públicos y sitios de recreo de Puebla, México D.F., Guadalupe, etcétera.

Mihael Dalla Valle (1949) se adhirió al hacer pictórico y didáctico de la Universidad de las Américas y ha recibido influencias y a la vez dejado honda huella su iconografía y sus técnicas en alumnos y seguidores. Las incursiones que Dalla Valle logra en procedimientos experimentales dan pie a una iconografía cortante e incisiva, muy de acuerdo a sus desplazamientos. Sus obras buscan las sensaciones de la comunicación postal; sus figuras devienen esbozos o ensayos de retratos o copias inmediatas de lugares, objetos y personas: palmeras, héroes de películas, paisajes citadinos, trayectos, tempestades en alta mar. Algún toque o detalle invita a ponderar la presencia del pasado en estos lugares extraños (¿la imaginación del artista?) en los que el espectador (¿el viajero?) refuerza sus sentimientos encontrados: el sello de la franquicia, la letra manuscrita, los colores vivos de un papel tapiz, los rayones (¿estallido de angustia?) de tinta o de crayón se suceden en la obra y se acomodan en el conjunto como una masa de elementos y sensaciones convergentes.

Carlos Luna (1969) se ha unido a los trabajos pictóricos que secunda la docencia. Ha recogido de su Cuba original la tradicional onomatopeya formalista y, depurada, la ha extendido temáticamente. No exento de influencias (el cartel, la caricatura, la imagen televisual), Luna conserva del constructivismo rasgos convergentes y los incrusta en cuadros casi "sellos" llenos de actualidad y nitidez. Sus formas, a veces, estallan. Se muestran luminosas a la manera del neón; devienen imágenes, más que vistas, impresas en la mente una vez que el pasaje electrónico se ha cerrado. ◇